

ANTONIO PEREIRA, POETA Y NARRADOR

“ESCRIBO PARA TENER AMIGOS”

PABLO ECHART ORÚS *Cumplidos los setenta y tres años, este narrador todoterreno no sueña con premios pomposos de jubilación anticipada. Los motivos por los que sigue inventando historias son muy distintos: "Escribo para que me quieran", afirma desde hace años. No le preocupa, dice, que **Gabriel García Márquez** le haya copiado esta frase, a la que no piensa renunciar: "En todo caso, que la cambie él"*

Antonio Pereira ha escrito poemarios, novelas, cuentos... ¿Cuál es su género literario preferido?

Me gustaría ser recordado por la poesía porque para mí literatura es equivalente de poesía, de creación. La poesía en verso, que es la que entendemos en el uso normal, hace que la expresión sea más acendrada, más depurada y que por tanto tenga más quilates. Quisiera que me recordasen por esta poesía en verso, supuesto que alguien me vaya a recordar.

+ ¿Cuál de los géneros le resulta más complicado?

Cada uno tiene sus dificultades. La novela exige mayores medios materiales y pasar mayor tiempo sentado. El cuento tiene la dificultad de la condensación y de la brevedad, y cualquier cosa superflua conspira contra el resultado. De todas las maneras, creo que en estos momentos lo que más me gusta es escribir cuentos, no sé

bien si es porque me gusta a mí o es porque los estudiosos de la literatura se han empeñado un poco en etiquetarme, en promover una cierta aceptación de mis cuentos -tampoco digamos que excesiva-, lo que hace más difícil admitir que pueda cultivar otro género en adecuadas condiciones. Decía **Camilo José Cela** en una ocasión que en España somos tan pobres que no da para tener dos ideas de la misma persona. Claro, esto es lo que sucede.

+ *El cuento se ha olvidado en España durante años. Sin embargo, parece que asistimos a una recuperación del género.*

Existe un mayor interés, se advierte una mayor predisposición de los editores, que nos los ofrecen como libros de relatos. Hablar de cuento en España conduce a pensar irremediamente en el cuento infantil. Parece que eso del relato se entiende y vende mejor. Sin embargo, en estos años anteriores en que había menos posibilidades de publicarlos como libros, era más fácil hacerlo en revistas, periódicos y suplementos, cosa que desgraciadamente parece disminuir.

La magia del cuento

+ *Usted proviene del Noroeste de España, una tierra en la que es tradición contar historias de forma oral...*

Vengo de una tierra, el Bierzo, donde la gente suele contar historias -y bien contadas-, quizá por influencia de los fabuladores del noroeste y también por los filandones, que eran reuniones que se hacían en invierno alrededor del fuego y en las que se contaban historias. Eran el cine y la televisión de aquellos tiempos.

+ *¿La ensoñación se consigue, entonces, más fácilmente con la palabra que con la letra?*

Una ensoñación no quita la otra. La narración oral produce momentáneamente un transporte inmediato al mundo de los sueños. Pero la palabra es fugitiva y, al menos para efectos literarios, es indispensable que se convierta en letra escrita para que permanezca, para que ese momento y esa emoción que se obtiene en la narración oral pueda luego ser repetida en esa fiesta individual y solitaria que es el encuentro del lector con el libro. Por cierto, al hablar de libro pienso en el libro tal y como lo conocemos, el que se coge en la mano y se pasan sus hojas y se va leyendo. Cuando se habla del futuro de los libros impresos, que pueden ser sustituidos por elementos electrónicos y demás, no soy capaz de imaginarlo. Para mí es una fiesta ver por los propios ojos la letra escrita, tan acompañadora, tan servicial en cualquier lugar y momento, tan fácil de transportar, en fin... ahí es donde está mi gusto y no sé si el porvenir.

+ *A usted le gusta jugar con el lector, hacerlo cómplice de sus tramas. ¿Cómo lo consigue?*

Es una cuestión inquietante. Hay que saber encontrar el punto de la información que se da para no pasarse ni quedarse escaso. Hay un caso muy claro: el de **Carver**, un cuentista excelente. En su libro *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, se recoge una pieza de diez páginas que se llama *El baño*. A punto de terminar surge una llamada telefónica que apenas ocupa siete líneas. Sólo a un lector muy resabiado o sólo a otro escritor de cuentos se le ocurre que aquel que llama es un pastelero al que se le había encargado un pastel de cumpleaños. Pero el 99% de los lectores se queda sin saber qué es aquella llamada y eso es demasiado porcentaje. Lo mismo debió de pensar **Carver** que, posteriormente, escribe el mismo cuento, ahora demasiado explícito, con treinta o cuarenta páginas. Se titula *Parece una tontería* y está en *Catedral*. Bueno, ninguna de las dos narraciones funciona, una por defecto y otra por exceso. Mi respuesta es complicidad, lo que me exige calcular que esas historias no resulten ni tan obvias ni tan enigmáticas que el lector se desinterese.

+ *¿Guarda esto relación con la tendencia a reducir la longitud de sus últimos cuentos?*

Sí. Hay una tendencia a la brevedad que comenzó y se extremó en *Picassos en el desván*. De todas formas, no será nunca una brevedad tan extremada como la de aquel cuento de **Augusto Monterroso** que tiene siete palabras: "Al despertar el dinosaurio todavía estaba allí". Y se acabó. Esto es un cuento. Uno piensa: usted quiere tomarme el pelo. Pero luego va para casa en el autobús y empieza a rumiarlo, vuelve a él: "Al despertar el dinosaurio todavía estaba allí". ¿Qué dinosaurio?, ¿qué pasa?, ¿qué significa el dinosaurio?...

+ *O sea, que el lector se quede dándole vueltas al cuento, que lo piense...*

¡Por supuesto! Y que lo vuelva a leer. Me hace más ilusión que me releen unos pocos que tener muchos lectores.

+ *Ha hablado de **Carver**. En uno de sus cuentos **Capote** forma parte de la trama... Sin embargo, su mundo literario no guarda mucha relación con estos narradores.*

¡Afortunadamente! De estos señores me interesan aspectos de sus procedimientos y admiro su entendimiento de la concisión y su gran sentido de lo que es el cuento literario pero, en cuanto a los temas, las soluciones me vienen de otros mundos y ambientes, sobre todo, los del noroeste peninsular. En ocasiones, también el cosmopolitismo, a veces falaz, porque siempre esos mundos exóticos acaban teniendo una línea oculta que los enlaza con este país. Tengo un cuento, *Los brazos de la i griega*, en el que el lector piensa que aquel individuo que está en Nepal es la transmigración del alma de un individuo de la provincia de Lugo... En eso no me parezco a **Carver** o a

Capote, aunque ambos tienen unos elementos dignos de ser examinados y elogiados.

Las Ciudades del Poniente

+ *Su último libro, Las Ciudades de Poniente, ocupa una geografía literaria concreta ¿Quiénes son sus habitantes?*

Son los poetas de los cancioneros galaicos y lusitanos del norte de Portugal; los prósperos fabuladores de Galicia, con **Cunqueiro** al frente; también la Asturias de **Clarín** y la Sanabria de *San Manuel bueno, mártir*, por supuesto El Bierzo, cuya capital establezco en Villafranca del Bierzo, donde yo vivo; la Escuela de Astorga, con los hermanos **Panero (Juan y Leopoldo)**, junto con **Ricardo Gullón** -que fue un crítico estupendo-, **Luis Alonso Luengo** y otros escritores astorganos muy importantes. Y seguimos hasta León, quiero que llegue hasta León para que quede dentro mi casa y la Catedral. ¿Lo demás es silencio? No, lo demás es mundo, palabras y afectos.



+ *La lectura de sus cuentos deja entrever la nostalgia de una vida que había antes y que puede desaparecer...*

Sí. He escrito algún libro tan pegado a la actualidad que cuando ésta ha pasado, el libro ha perdido vigencia. Pienso en una novela, *La costa de los fuegos tardíos*, de principio de los años setenta y que se refería al mundo frívolo de la Costa del Sol. Pero muchas veces más he tratado los temas en los que ya funciona la memoria y la nostalgia. La época que a mí me parece más interesante es la que se correspondería con mi juventud, con los tiempos del bachillerato. Es una época decisiva, más que la de la escuela primaria y más que los años de universidad. Es el momento de las grandes inquietudes amorosas e intelectuales, de una gran comezón y curiosidad por todo lo que es el mundo y por lo que se puede descubrir. Muchas de esas nostalgias están centradas en esos primeros años de la posguerra.

+ *Llevamos unos meses a vueltas con la Transición. Sin embargo, Franco sigue vivo en sus cuentos...*

Franco es un personaje literario de mucha categoría al cual no se le ha sacado partido. Eso sí, hay que utilizarlo literariamente con alejamiento, con serenidad y con una cierta frialdad y, por supuesto, sin parcialidad ideológica. Como elemento literario es muy interesante. Y a propósito de la Transición, tampoco yo me quedo al margen porque tengo la ilusión de ver reeditada una novela mía de aquellos años: *El país de los*

Losadas.

+ *La guerra civil también vuelve en ocasiones...*

Entre esos cuentos hay uno que estimo bastante: *El hombre de la casa*, un poco triste, de una mujer que se sacrifica para salvar la inocencia de una criatura.

+ *Quizá sea el cuento más amargo del conjunto. De todas formas, está escrito con distanciamiento. ¿Deja mucho tiempo entre unos hechos y la historia que pueda desprenderse de ellos?*

No hay regla fija. A veces surge una cosa que me obliga a escribirla directamente, pero lo más frecuente es que esté mucho tiempo dentro de mí, a veces muchísimo, hasta que crece como una obsesión y necesito escribirla.

+ *¿Tiene el cuento entero en la cabeza antes de ponerse a escribir?*

No. Bueno, a veces lo tengo pero no es infrecuente que sufra modificaciones sustanciales en el momento de escribirlo.

+ *El apartamento debe pertenecer, en cambio, a esos cuentos "premeditados".*

En mi modesta opinión, es el mejor cuento de *Las Ciudades de Poniente*. Guarda mucha simpatía hacia el personaje, y es muy melancólico. En su brevedad está conducido con mucha malicia porque se habla del secreto del obispo, que necesita de la complicidad del que lo lleva en el coche, un chico que se parece al que un día pude ser yo... Uno tampoco tiene por qué imaginarse cosas nefandas, pero puede pensar que el obispo tiene problemas familiares... Está muy afinado, muy concentrado. Ha sido un cuento que me ha complacido.

Un narrador al margen

+ *¿Teme la etiqueta de escritor costumbrista, por los temas que trata, por la vida cotidiana de sus personajes?*

No me importa nada. Tengo amigos escritores que han puesto el grito en el cielo cuando les han llamado costumbristas, como si les hubieran hecho la mayor ofensa del mundo. Yo no tengo ningún inconveniente porque casi toda la narrativa que se escribe en el mundo desde siempre es costumbrista. Lo que pasa es que se suele llamar costumbrista a la narrativa que se hace adrede nada más que para explicar el folclore, que si la boda maragata o la matanza del gocho, y ese es un costumbrismo que no me interesa. Ahora, si algún día dentro de cien o doscientos años se perdieran muchos

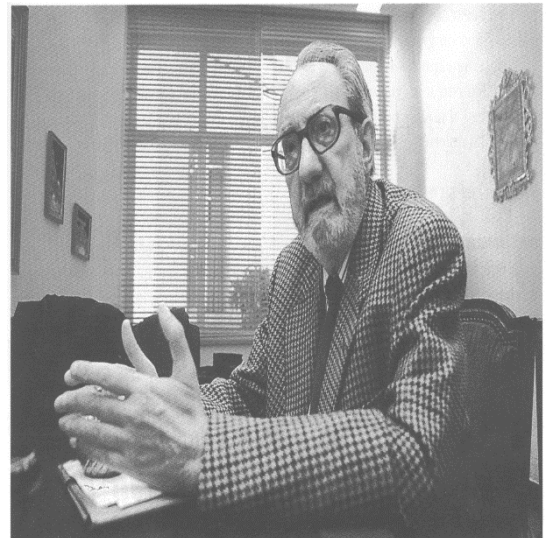
archivos, bibliotecas, o hubiera un cataclismo del que se salvaran mis cuentos, allí habría un gran documento de nuestras costumbres, sin que yo los haya escrito para eso.

+ *En ocasiones, como en el realismo mágico, se cuelan elementos imaginarios y fantásticos en sus cuentos. ¿Se encuentra más próximo a la narrativa gallega o a la sudamericana?*

Se parecen mucho, no sabría decantarme. De todos modos, cuando en España se produjo el boom de la literatura hispanoamericana con *Cien años de soledad*, de **García Márquez, Cunqueiro** ya se había anticipado -con *Merlín y familia*, con *Las crónicas del Sochantre* y con otras obras-, a muchas cosas que luego admiramos en los foráneos, aunque aquí nadie le hizo caso.

+ *El nombre de **Antonio Pereira** se asocia ocasionalmente a la generación de narradores del medio siglo. ¿Forma parte de ella?*

Hay una circunstancia en mi vida que me hace considerarme un poco independiente y al margen de generaciones. Esto es peligroso porque el que no pertenece a una generación no sale en la foto, como me ha ocurrido a veces. Por circunstancias personales, tengo muchos amigos en la literatura pero pocos compañeros de generación. Me encuentro muy a gusto con ellos en el plano de la amistad, pienso en **Medardo Fraile, Martínez Mena, Meliano Peraile, Jorge Ferrer Vidal...** y sin que tengamos grandes diferencias, creo que funciono de distinta manera, quizá influido por esa separación mía o por ese ámbito geográfico del que hemos hablado. En lo literario, me parece que ellos no han tocado esos aspectos cosmopolitas que hay en mi obra y que acaban estando relacionados con mi propio país...



+ *También recurre a la ironía mucho más que ellos...*

La ironía es una forma de conocimiento y de interpretar el mundo, que no se entiende sin ella. En mis obras hay ironía pero sin llegar al sarcasmo, que lo estimo como un grado inferior al cual no tengo interés en llegar. Soy irónico con mis criaturas de ficción pero al mismo tiempo soy piadoso, las quiero.

+ *¿Y cuál es su relación con esos escritores ahora en boga de la zona de León como Llamazares o Merino?*

Tengo una relación estrechísima. Con frecuencia formo parte en jurados y he tenido la suerte de descubrir a grandes escritores que lo hubieran sido en cualquier caso. Simplemente estuve allí en el momento oportuno. De esta forma, estando como jurado en León, leí los versos prometedores y fulgurantes de **Antonio Colinas**, que debía de tener entonces dieciséis o diecisiete años. Llamé inmediatamente a su casa preguntando por él, que no estaba, y entonces le dije a su madre: "Señora, enhorabuena, porque es usted la madre de un gran poeta". También participé en el jurado que premió *La lentitud de los bueyes*, el primer poemario de **Julio Llamazares**, que no había publicado hasta entonces. Muy recientemente he contribuido a premiar *El amigo de las mujeres*, cuyo autor resultó ser **Gustavo Martín Garzo**, un vallisoletano que después ha estallado con premios y reconocimientos extraordinarios. Con respecto a los leoneses -**Llamazares, Merino, Aparicio, Mateo Díez...**- mantengo una gran relación. Hubo una época en que me miraban con un poco de recelo, me consideraban un escritor burgués, pero ahora mismo mantenemos una relación que yo diría entrañable si no fuera porque el adjetivo me molesta especialmente, por lo mucho que se utiliza. Me siento feliz de mi paisanaje.

+ Al ejercer frecuentemente como jurado, quizá pueda adelantar algunos nombres que habrá que tener en cuenta en un futuro próximo...

No me atrevería de ninguna manera porque ya hay suficiente compromiso con el presente como para aventurarse con el futuro. En todo caso, y lo digo un poco en broma, sí habría que nombrar a una serie de poetas o de cuentistas a los que me gustaría no tener que darles nunca un premio porque son unos pesados, concurren a todos los certámenes convirtiéndose en una especie de concurseros profesionales que entorpecen la verdadera misión de los concursos literarios. Hace poco, llegando a los límites de la provocación, se convocó en Madrid un premio de cuentos y en las bases se decía: podrán concurrir todos los escritores de habla española salvo Menganito, Fulanito y tal, con sus nombres y apellidos. Es una broma un poco siniestra y probablemente anticonstitucional...

+ Usted mantiene que escribe para que le quieran...

Trato de responder a esa pregunta que suena un poquitín a tópico pero que es perfectamente comprensible que le pregunten a uno: y usted, ¿para qué escribe? Generalmente se espera una contestación casi metafísica cuando en realidad, al menos en mi caso, escribo para que me quieran. A veces lo digo de una manera menos poética y más gráfica: escribo para tener amigos, para reunirme con ellos a comer y a beber unos vasos de vino. Una de las mayores satisfacciones que me ha dado la literatura, puesto que muchas otras hay que descartarlas, ha sido la creación de vínculos amistosos. Si no fuera una frase muy cursi, que además no es mía, diría que a uno le gusta respirar almas afines, lo cual no lo diría -aunque lo acabo de decir- porque suena

de un cursi fenomenal.

Precisión maniática

Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) reconoce que fue un niño "asquerosamente precoz". Desde bien pequeñito descubrió la pasión por juntar palabras o, mejor dicho, por haberlas juntado: "A mí no me gusta escribir, me gusta haber escrito", afirmación que, por cierto, enojó muchísimo a **Carmen Martín Gaité**.

Su carrera literaria comenzó con la publicación de poemas en las revistas Espadaña y Alba. Entre 1964 y 1972 vieron la luz varios poemarios, recogidos en la antología *Contar y seguir* (1972). Ha publicado tres novelas -*Un sitio para Soledad* (1969), *La Costa de los fuegos tardíos* (1973) y *País de los Losadas* (1978)-, así como varios libros de cuentos, género en el que sobresale y por el que ha sido reconocido (no en lo que merece) con los premios Leopoldo Alas, Fastenrath y Torrente Ballester, con los libros *Una ventana a la carretera* (1966), *El síndrome de Estocolmo* (1978) y *Las Ciudades de Poniente* (1993), respectivamente.

Sus cuentos tienen la precisión que sólo un escritor maniático puede darles: cuando tituló uno de sus libros *Una mirada a la carretera*, una gran aprensión se apoderó de él: había provocado una pequeña asonancia con su apellido, **Pereira**... Trabaja y trabaja los cuentos, y los somete a continuas revisiones porque "el texto siempre puede mejorarse". La inspiración apenas cuenta: "Qué poca gracia que lo que firma uno se lo escriba otro que viene desde arriba".

No le gusta el lector fácil, cómodo. Lo quiere con entendederas, participativa, que se deje sorprender: "Seamos mejor que amigos, seamos cómplices, le digo al lector"

Fotos: Verón Lassa